



**Cuaderno
de bitácora**

Una estrella de Paloma Pedrero

Cómo nació *Una estrella*

Una estrella nace de una experiencia personal. Mi padre murió cuando yo tenía veintipocos años, es decir, cuando aún estaba yo en plena rebeldía contra él, cuando aún me era imposible comprenderle y, por lo tanto, perdonarle. Murió sin que yo pudiera saber quién era. Unos años después, a mis treinta y tres, empecé a preguntarme cómo sería aquel hombre ausente que tanto resentimiento había despertado en mí. Pregunté por ahí a la gente que lo había conocido pero nadie me supo dar razón, al menos, nadie pudo convencerme. Para unos era un diablo para otros (pocos) un santo. En realidad, me di cuenta de que todos se lo inventaban, así que decidí que lo mejor sería inventármelo yo misma.

Mientras andaba investigando por ahí me ocurrió algo increíble: una tarde, a eso de las seis, estaba en un bar, cerca de la casa de mis padres, tomando un café, cuando apareció un hombre pequeño, chispa, curioso, con los ojos muy azules, que daba vueltas a mi alrededor mirándome. Por fin se decidió y, acercándose demasiado, me preguntó: "Perdona, ¿tú no eres Palomita? Yo era un íntimo amigo de tu padre". Una frase muy parecida a ésta da pie al comienzo de la relación entre Estrella Torres y Juan Domínguez en *Una estrella*. Cuando aquel hombre del bar me soltó lo de "yo era íntimo amigo de tu padre" me quedé pasmada. De verdad que nunca hubiera imaginado que mi padre, con la vida que llevaba, hubiera tenido un amigo íntimo. Sí amiguetes, sí compañeros de farra, sí comparsas, pero un amigo íntimo nunca. El hombre comenzó a hablarme de mi padre mientras yo, con ansiedad, le tiraba más y más de la lengua. Realmente, el hombre chispa de los ojos azules me dijo muy poco; se repetía todo el tiempo hasta que, agobiado por mis preguntas, comenzó a inventarse las respuestas.

Aquel encuentro no me dijo mucho acerca de mi padre. Pero sí me dio algunas claves sobre la cuestión: Primero, que mi padre, aquel hombre marginado, detestado, olvidado por su propia familia, había tenido un amigo al que todavía se le saltaban las lágrimas al recordarlo. ("Yo le llevaba cigarritos cuando se estaba muriendo en el hospital. Se los encendía a escondidas y le daba caladas", me decía orgulloso y emocionado). Segundo, que para averiguar quién era mi padre yo debía escribir una obra en la que él fuera el protagonista. Tenía que soñarlo, tenía que dejarle hablar, tenía que escucharlo. Y tercero, que la obra tenía que suceder en un bar, el lugar predilecto de mi viejo. La protagonista tenía que ser una chica triunfadora, apasionada y herida (mucho más que yo de las tres cosas). El anta-

gonista tenía que ser un viejo amigo de su padre muerto.

Como se puede apreciar, la gestación de *Una estrella* nace de una necesidad casi psicoterapéutica. Pero no fue tanto así. Yo soy una autora teatral, y vivo casi de eso, así que no podía permitirme desperdiciar mi trabajo en hacerme un desahogo emocional que terminara en un cajón. Por otra parte confieso, como estoy confesando todo, que cuando me decido a escribir *Una estrella* ya no necesitaba ningún desahogo. Evidentemente, en ese momento ya había perdonado a mi padre. Intentar hacer arte con todo aquello era lo que daría un sentido final a mi experiencia.

Era el momento de meter la cabeza, de reflexionar sobre la estructura y el pensamiento de la obra. Pensé que tenía que hacer algo muy sencillo, con unidad de tiempo y espacio, algo muy condensado pero con los pasos bien medidos. Aquello que quería escribir sería un viaje, un viaje que yo tenía que hacer, a través de Estrella Torres, y que llevara a los espectadores después a realizar ese mismo viaje con la protagonista. Hablo de un viaje interior, claro está, un camino hacia adentro, un recorrido esforzado y, por lo tanto, con su recompensa al final. Yo quería contar los vericuetos de una reconciliación.

Durante la escritura me ocurrieron cosas asombrosas; por ejemplo, Juan Domínguez, el amigo del padre de Estrella, se me reveló como un ser extraordinario. Él hablaba y se explicaba, hacía y todo cobraba sentido. Creció tanto que, desde algún punto de vista, se convirtió en el protagonista de la obra. Estrella, por su parte, se hizo niña, y el personaje me salió con menos razones (o fuerza) de las que yo hubiera querido.

Sobre mi experiencia con la puesta en escena, con las actrices que hicieron a Estrella, y con las reacciones del público, podría escribir horas, porque puedo asegurar que pasaron cosas misteriosas. Todo está muy cercano aún, pero sí que puedo decir ya que tanto la gestación, como la escritura, como la puesta en escena, como la relación con el público, han sido con esta obra de una intensidad fuera de lo común para mí. Todavía recordándolo me emociono. Con todos sus fallos *Una estrella* ha sido una obra muy amada y defendida, tanto por mí como por el productor, los actores, la directora. Al final, después de un año y pico de batalla, viendo la última función en el Círculo de Bellas Artes sentí que habíamos cumplido (esto es muy hondo pero no sé explicarlo mejor). Y sentí una ráfaga de felicidad. Ahora necesito dar las gracias sobre todo a Robert, a Pancho, a Juan Carlos. Y a mi padre, claro, que me dictó *Una estrella*, desde una estrella. ■

Una estrella

[fragmento]

Suena el bolero de antes. Juan lo tatarea. Después se acerca hacia ella y le da la taza con whisky.

JUAN: Toma, esto es bueno. Da un trago.

ESTRELLA: *(Mira el interior de la taza. Después mira a Juan y da un trago. Después de un momento).* Dime, ¿quién eres?

JUAN: Un hombre. *(Pausa).* Un hombre viejo. ¿Y tú?

ESTRELLA: *(Sonríe).* Tendría que contestarte que una mujer. Una mujer todavía joven, ¿no?

JUAN: Eso ya lo veo. Joven, hermosa y llena de éxito. Pero no es eso lo que quiero saber.

ESTRELLA: ¿Y qué quieres saber?

JUAN: ¿Estás casada? ¿Tienes niños?

ESTRELLA: ¿Casada? No. Bueno, estuve un tiempo con un hombre y tuvimos un hijo. *(Sonríe abiertamente).* Ahora tengo un hijo precioso pero no tengo hombre.

JUAN: ¿Os separasteis?

ESTRELLA: Sí. *(Da otro trago).* No nos entendíamos. *(Pausa).* En realidad fui yo. Nunca... nunca he sabido qué hacer con un señor en casa.

JUAN: Con un hombre no hay que hacer nada.

ESTRELLA: Si no haces nada... se van.

JUAN: Pero siempre volvemos... Si se nos deja la puerta abierta, si sabemos que nos esperan, volvemos.

ESTRELLA: No, yo no sé esperar. Yo necesito que me esperen a mí.

JUAN: Eso es mal asunto, pequeña. Eso los hombres no lo sabemos hacer.

ESTRELLA: ¿Por qué? ¿Por qué no?

JUAN: Porque nosotros estamos hechos a medida de la calle. No podemos parar, ¿entiendes? Y para esperar hay que saber estarse quieto.

ESTRELLA: Qué pena, ¿no? Yo también tengo que estar por las calles. Mi vida está en la calle. Los argumentos de mis novelas están en la calle, mis personajes los encuentro en la calle. Tengo que salir a vender mis libros a la calle... Qué pena, ¿no?, qué pena que no sepan esperarme.

JUAN: ¿Todavía le quieres?

ESTRELLA: ¿A quién?

JUAN: Al padre de tu hijo.

ESTRELLA: No, que va. *(Reflexionando).* Creo que nunca le quise.

JUAN: No digas bobadas, tú no eres de esas que se acuestan con cualquiera.

ESTRELLA: *(Sonríe ante su incomprensión).* No, no me has entendido. De que no amo me doy cuenta después, cuando ya no puedo hacer nada por remediarlo. *(Pausa).* Entonces también descubro que ellos tampoco me querían a mí.

JUAN: No digas tonterías. Una mujer como tú tiene que tener cientos de hombres a sus pies. Los jóvenes de ahora son unos gilipollas. Si yo tuviera veinte años menos... no te dejaría escapar.



Pancho García y Mapi Galán en *Una estrella*. de Paloma Pedrero.

ESTRELLA: Tú qué sabes... qué sabes cómo soy yo. Yo no soy dulce... ni quiero serlo.

JUAN: Los bombones más dulces son los que mejor vienen envueltos, sólo hay que saber quitarles el papel de plata sin estropearlos

ESTRELLA: *(Mira con ternura a Domínguez, pero enseguida reacciona a la defensiva).* Palabras. Todos los mundos están llenos de palabras. Yo también sé jugar con ellas, sí. Y casi todos los hombres de mi vida también sabían. Sin embargo, ninguno pudo quitarme el papel de plata y el bombón se puso rancio... se hizo viejo. Ya sabes, ahora somos un hombre viejo y una mujer... *(se toca el corazón).* vieja.

JUAN: *(Enfadado).* No sabes lo que dices. Sigues siendo una niña mal criada. Una ingrata. *(La mira y asiente).* Sí, pero tienes razón, pareces vieja. Tienes un terrible gesto de vieja.

ESTRELLA: Y tú no tienes derecho a hablarme así. Yo... yo...

JUAN: *(Interrumpiéndola).* Pero cuando sonríes... Cuando sonríes y levantas los ojitos... ¡Sonríe, Estrella!

ESTRELLA: ¿Para qué? No tengo ganas de sonreír.

JUAN: Sonríe sin ganas. Vamos, inténtalo...

ESTRELLA: ¿Para qué?

JUAN: Hazlo un momento. Antes, cuando me has dicho que tenías un niño, lo has hecho muy bien. *(Estrella toma aire y suspira).* Sonríe, coño.

ESTRELLA: *(Sonríe sin ganas. Después sonríe de verdad).* Estás loco. Estás completamente pirao.

JUAN: Eso es. Ahora eres una mujer joven, con brillo en los ojos, con futuro. Ahora mírame a mí. ¿Qué ves en mi cara?

ESTRELLA: *(Desconcertada).* No lo sé.

JUAN: Sí que lo sabes. Dilo, no tengas miedo. Dilo.

ESTRELLA: Veo arrugas. Un mapa lleno de arrugas cruzadas... Caminos rodeados de manchas. Amarillo, tonos amarillos en el fondo de tus ojos...

JUAN: Bien. Pues ahora sonríe. *(Sonríe).* ¿Qué ves ahora?

ESTRELLA: No te entiendo.

JUAN: Ahora sigues viendo una cara llena de arrugas y de manchas, unos ojos acuosos y amarillos. ¿Entiendes la diferencia que hay entre nosotros? Ésa es la diferencia.